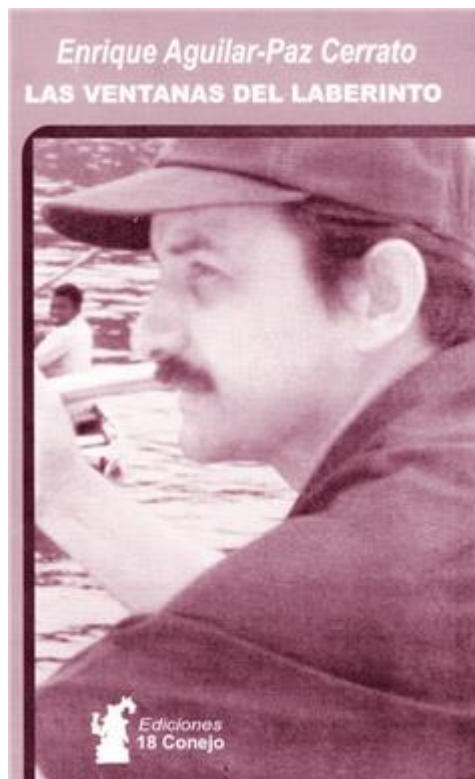


# ENRIQUE AGUILAR PAZ, UN HOMBRE SINGULAR QUE HA MARCADO EL SIGLO XX

22 JUN, 2014 - 1:38 PM

**Juan Ramón Martínez**

Enrique Aguilar Paz Cerrato, hijo de Jesús Aguilar Paz y María Eva Cerrato, nació en Pespire el 15 de febrero de 1931. Tuvo como hermanos a Nicolás y Amparo, hijos de su padre con su fallecida primera esposa Laura Pineda; y Antonio, Rafael, Jesús y Francisco, hermanos fruto del segundo matrimonio de su padre. Todos fallecidos. Por su rectitud personal, el apego a las reglas de la moral y las costumbres, por su permanente compromiso de honrar a sus padres con una conducta intachable, por su dedicación a la atención de los problemas de la salud de las personas y por su creatividad y dedicación a la constitución de un sistema público de salud que llegara a todos los rincones del país, se ha constituido en una de las figuras más singulares que ha producido la sociedad hondureña en los últimos setenta y cinco años.



No sólo es y ha sido un hombre bueno, sino que además ha sido un ciudadano útil en la construcción del bien común, en el perfeccionamiento de los mecanismos para ordenar la vida social, que además, ha tenido siempre presente los valores y enseñanzas del pasado, por lo que se ha dedicado a leer en la mano de los hechos históricos, las líneas maestras para imaginar una patria diferente, con un modelo distinto de integración, aprovechamiento de los recursos materiales y la distribución equitativa de los bienes y servicios producidos por el conjunto de los actores económicos del país.

Todo esto,— que lo hace ejemplar, distinguido y admirable —, Aguilar Paz lo ha logrado por la seriedad con que ha controlado su vida personal y familiar, por la disciplina que se ha impuesto en todos los actos de la vida; y por la visión global con que ha valorado los acontecimientos sociales, políticos y científicos de su época. Como todos los seres humanos, también tiene contradicciones. Y él, como tal, no es una excepción. Posiblemente la más evidente es que pese a su declarada vocación científica, de repente creada alrededor de las visiones y enseñanzas de su padre el Dr. Jesús Aguilar Paz, Enrique Aguilar el médico distinguido, el especialista singular y el científico de indudables méritos, se ha negado aislarse de la totalidad del conocimiento humano. Y por ello, ha incursionado con facilidad en los terrenos de la filosofía, ha manejado con destreza las herramientas de la sociología para comprender y anticipar los fenómenos de la convivencia humana y fundido en una visión global integradora las aportaciones de la historia, la geografía y la etnografía. Y sucumbido a los encantos de la literatura, creadora de realidades y de la poesía, constructora de tonalidades verbales estremecedoras del alma humana.

Lo anterior, le ha permitido convertirse en un verdadero humanista, — el más grande humanista vivo del país— para el cual, ninguna expresión del conocimiento humano, le es indiferente. Por ello, apreciamos una vez que nos enfrentamos al resumen de su vida personal, profesional y de líder político y de servicio, un hombre global, siempre abierto a lo nuevo, con capacidad para sorprenderse de las contribuciones y hallazgos de los demás; sabedor que el conocimiento humano tiene una tendencia hacia adelante, inevitable y consecuente. Y con evidentes tendencias acumulativas y un sabio mecanismo de exclusión, por medio de la duda que rebasa lo viejo y hace posible el ingreso de lo nuevo que, a su vez, envejecerá en su momento, para hacer posible otra vez el ciclo de la innovación y el cambio. Esta visión dialéctica de la ciencia y de la vida, le ha permitido escuchar la fuerza de la novedad, respetar y admirarse de los descubrimientos amparados en las pruebas y animado por la duda, seguir un proceso constante de aprendizaje y de renovación en todos los campos de la vida humana.

Quienes le conocen, quienes han recibido sus conocimientos científicos y sus habilidades para enfrentar los golpes de la enfermedad, saben de su sensibilidad humana y de su vocación propia de un hombre sensible. Y quienes han trabajado a su lado, saben de su disciplina, del compromiso con los pactos establecidos y las metas compartidas; y el gozo por los logros conseguidos con dedicación y con trabajo. Hombre de equipo, tiene capacidad para escuchar. Y como científico y poeta, la habilidad para sintetizar y devolver al equipo, para animarlo a seguir adelante, para que siga infatigable en la búsqueda de la verdad.

Quienes le conocieron de sus años de estudiante, recuerdan todavía lo que para entonces era un comportamiento exageradamente comprometido con la corrección. Los que le conocimos en la segunda parte del siglo pasado, no dejamos de extrañarnos con su seriedad en el buen decir, en la modulación de las palabras, en la interpretación de los hechos y en las recomendaciones ofrecidas al frente de sus pacientes. Por ello sus estudios son de una normalidad asombrosa, en la cual no hay sobresaltos; ni juegos pirotécnicos. O sorpresas. Más bien se nota la falta de las emboscadas fulgurantes, las anécdotas alteradas, propias de las conductas inestables: con Aguilar Paz, desde que se le vio la primera vez en la Escuela de Medicina de la vieja Universidad Central, supieron que estaban ante una personalidad destacada, en ciernes, llamado a convertirse en uno de los iconos más representativos de lo que podríamos llegar a ser como sociedad y como Patria.

Una vez concluidos sus estudios, con honores y a satisfacción de sus padres y orgullo de sus profesores su carrera como médico en la Escuela de Medicina y Cirugía de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Aguilar Paz sabe que tiene que seguir el camino de la especialización para consagrarse – sin abandonar el conocimiento de la globalidad de la medicina como fenómeno integral – a una rama en la cual dar lo mejor de su vida. Concluida su etapa de clínico y especialista al servicio de una de las más numerosas clientelas que se tenga memoria, nadie duda que, posiblemente, no haya muchos otros otorrinolaringólogos más dotados y con mayores contribuciones científicas en Honduras que el doctor Enrique Aguilar Paz. Su retiro de la práctica clínica, es una pérdida para sus numerosos pacientes; pero es el merecido descanso para un hombre que se ha consagrado a enfrentar el dolor ajeno, incluso renunciando a muchos de los placeres de la existencia humana que le hubiera permitido desarrollar en otra profesión menos exigente que la medicina pública y privada.

Ahora, Enrique Aguilar Paz, nos da otro ejemplo de su personalidad múltiple: quiere compartir con nosotros la historia de su vida, en el ánimo de participarnos sus perplejidades inevitables ante los descomunales conocimientos humanos acumulados por la humanidad, sus visiones particulares frente a problemas definidos que le llamaron la atención; y los resultados aportados para ordenar las capacidades de servicio de las personas que tuvieron la suerte de compartir con él, afanes de servicio a la colectividad. La mayoría de los hondureños, especialmente los más destacados, una vez que

concluyen su vida profesional y regresan al seno de sus hogares al goce sus merecidos retiros, nos niegan sus conocimientos adquiridos, dejan de compartir con nosotros los errores cometidos, la riqueza de sus hallazgos, sus anécdotas más brillantes y sus experiencias en la aplicación de las soluciones encontradas a los problemas que escogieron para probar sus destrezas y confirmar sus compromisos. Para evitar este descuido de otros muchos, Aguilar Paz ha escrito un libro de memorias en donde, en forma cronológica nos va mostrando, con paciencia pedagógica y enorme habilidad literaria, — caracterizada por un rico lenguaje, una sintaxis perfecta y una construcción melódica gozosa — los hitos más importantes de su vida. Y refiriendo sus visiones y consideraciones ante acontecimientos con los cuales tuvo la obligación como hombre sensible, de reaccionar.

Por ese medio, tenemos acceso a compartir con el médico distinguido, con el escritor de indudables méritos, con el poeta de inolvidables y profundos ecos, con el político de alta moralidad y con el servidor público de primera calidad, honrado y sencillo, tanto las visiones pormenorizadas de los problemas, las dificultades elementales anticipatorias para enfrentarlos; como las hipótesis y propuestas iniciales, desde las cuales construyeron, con enorme creatividad e imaginación, el diseño y aplicación de sistemas de respuestas en las que siempre tuvo presente la calidad de las soluciones, los recursos disponibles, los resultados anticipados y la inevitable continuidad. Que, como en todo lo que ha hecho Aguilar Paz, hacía anticipatorio que todo era provisional, sometido a prueba y error; y en consecuencia, obligado a la eterna rectificación y el mejoramiento. En una sociedad de verdades elementales; pero defendidas como si fueran eternas, llama mucho la atención la humilde obediencia de Aguilar Paz ante los problemas generales que le ha tocado enfrentar. Sabedor de la antigua enseñanza que el único camino para cambiar la realidad, es el de la obediencia de la misma, se dedicó a observarla, estudiarla para conocerla, con el fin de buscar en el interior de la misma, los elementos básicos de sus respectivas soluciones.

Donde mejor se aprecia, con los ojos de los profanos de los conocimientos científicos, esta capacidad de Aguilar Paz para no enamorarse de sus soluciones; y que mas bien, cree que siempre son provisionales, por lo que hay que estar atento a sus fallas y sus debilidades para atenderlas inmediatamente, es en su desempeño como líder del mayor y más creativo esfuerzo por sistematizar la oferta de servicios sanitarios desde el sector público a la población en general, especialmente la de menores ingresos, durante su gestión al frente del Ministerio de Salud, durante la segunda gestión del general Oswaldo López Arellano.

Como es natural en un hombre de su formación intelectual y moral; de su disciplina personal, cuando Aguilar Paz fue nombrado en 1972 Ministro de Salud por el Jefe de Estado, General López Arellano, no acepta que la oferta sanitaria sea asistémica e inorgánica. Mas bien reconoce que lo que se ha hecho en el curso de la historia tiene una coherencia y unidad interna que debe considerarse, destacando los aciertos e iluminando las falencias para desde allí, con una base empírica evidente, construir una nueva alternativa que como ocurre en el proceso científico, siempre es provisional y anticipatoria de nuevas aportaciones, inmediatas o en el mediano y largo plazo. Posiblemente Aguilar Paz, por esa capacidad suya para no hacer tabla rasa y desconocer las aportaciones de las generaciones anteriores, no sólo creó el más amplio sistema de cobertura nacional de los servicios médicos, sino que creó una generación de especialistas en servicios sanitarios que han ido haciendo, desde donde el dejó las cosas públicas a otras personalidades, nuevas contribuciones que fuera de algunas caídas, anticipan procesos constantes de perfeccionamiento de los servicios públicos sanitarios del país.

Pero nos estamos adelantando. Debemos volver a caminar de la mano de Aguilar Paz, escuchar su timbrada voz, su modulación perfecta, su memoria privilegiada – posiblemente entrenada por los estudios médicos a los que se sometió en forma disciplinada – sus enormes conocimientos humanísticos y su bella escritura, cadenciosa y sonora, para descubrir la senda de su vida en el libro que usted tiene en sus manos: LAS VENTANAS DEL LABERINTO. Desde el nombre, uno siente las oleadas de los conocimientos históricos del autor y puede observar una concepción de la vida en la que la palabra, fina y delicada, del filósofo español José Ortega y Gasset, le impone a Aguilar Paz la capacidad de sorprenderse ante la realidad y le obliga al ejercicio de la voluntad para ir, de un espacio hacia otro, estableciendo conexiones y uniendo las diferentes fases del laberinto. Al cual desde el principio, lo anticipa como abierto puesto que tiene las ventanas abiertas.

Para al final, volviendo los ojos hacia atrás, descubrir una senda en la que sobresalen no sólo los sueños no realizados, sino que destacan los hechos, minuciosamente recordados, los efectos que tuvieron en quienes participaron en ellos y los nuevos descubrimientos, convertidos en nuevos retos para que nuevas generaciones de observadores y creadores transformadores, puedan alimentar la marcha por la vida. “El universo dice, es un infinito laberinto, un pleno derroche de energía cíclica, un contraste intrigante de luz y tinieblas. Cada huella de la evolución es un seductor laberinto”. Para a continuación, esclarecer que su obra se moverá en la exposición y en la reflexión sobre cuatro laberintos: el primero el que representa la cultura helénica, el segundo un fragmento de la historia hondureña; el tercero, inspirado por García Márquez, en El General y su Laberinto, se concentra en Bolívar y sus afanes; para concluir en su último laberinto, la vida humana como joya de la creación. Con esta descripción, Aguilar Paz nos confirma que estamos ante algo más que una autobiografía.

Que es más bien, una rendición de cuentas de quien en el último tramo de su vida productiva y generosa, hace balance y comparte sus conclusiones, sus visiones, sus perplejidades y sus esperanzas. En el ánimo de

colocar en la mente del lector, “ideas semillas que fecunden en mentes fértiles y lleguen a germinar espigas productivas” con lo que dice con mucha fuerza esperanzadora “habré logrado el buen propósito de estos escritos”. No busca, como otros, que lo vean a él, sino que quiere compartir lo que vio, lo que no pudo concluir ante lo cual, invita al lector para que siga por el camino que nunca anduviera, creando cosas nuevas para resolver viejos problemas que, en el curso del tiempo, casi siempre por su carácter poliédrico, siempre le dan la impresión a la comunidad humana que se tratan de nuevas dificultades.

### **Elogio del padre y retrato de la patria**

El autor, nos presenta a su padre: Jesús Aguilar Paz, que valientemente se decide a estudiar con una beca ofrecida por el gobierno del general Manuel Bonilla, estudios de magisterio en la Escuela Normal, establecida en Tegucigalpa y dirigida por el pedagogo guatemalteco, Pedro Nufio. Aquí en la Escuela Normal, el joven Jesús Aguilar Paz, descubre al comparar el croquis elaborado en su viaje desde Gualala hasta Tegucigalpa, que el mapa de Honduras que usan para enseñar la geografía nacional, contiene muchos defectos, imperfecciones, omisiones e irregularidades. Al hacer las comparaciones respectivas le hizo esta observación a su maestro Nufio. Don Pedro conocedor ya de la personalidad muy acuciosa de Jesús le dijo: “es muy probable que esos pueblos estén situados así como tú lo señalas; pero lamentablemente tu patria no tiene un buen retrato”. Jesús Aguilar Paz, recordaba algún tiempo después, que la expresión de su maestro le causo mucha vergüenza. Y le contestó a Nufio: “maestro algún día le voy a hacer un retrato a mi Patria”, Compromiso que cumplió al levantar, diseñar y supervisar la impresión en 1932, del mejor y más detallado mapa de la República de Honduras. Realizado a costa de sus propios sacrificios e impreso por su cuenta, además. Sobre éste éxito, Enrique Aguilar Paz, construyó los ejes centrales de la filosofía de su vida. Todas sus acciones, las ha centrado siempre en metas precisas, en servicios puntuales, en conductas que no avergüencen a nadie, en evidentes muestras de autolimitaciones para impedir que el egoísmo se imponga sobre la solidaridad del servicio; y en homenajes a la Patria, objeto de todos los desvelos y de todos los sacrificios.

### **La patria chica, una “montaña de nieve”.**

Casados Jesús Aguilar Paz y María Eva Cerrato, se trasladaron a vivir a Santa Bárbara, “precisamente en la aldea de San José de Oriente, la cual es una enorme y majestuosa cima, ubicada al norte del Lago de Yojoa, con una altura de 1800 metros. En ése encantador lugar de Honduras fui concebido. Cuando mi madre tenía ocho meses de embarazo, mi abuela, doña Encarnación considero prudente ir a recoger a María Eva, para que fuese atendido su parto en Pespire, Choluteca, bajo la responsabilidad de una experta y veterana partera, doña María del Transito Vaquedano”. Como dijimos antes, allí y bajo tales cuidados, el 15 de febrero de 1931, nació el tercer hijo de Jesús Aguilar Paz y María Eva Cerrato. En 1933, sus padres se trasladaron a Tegucigalpa, donde ha vivido la casi totalidad de su vida.

### **El estudiante de medicina y el joven enamorado**

Enrique Aguilar Paz estudió en el Colegio San Miguel que entonces estaba ubicado en la primera calle de Comayagüela, de espaldas al río Grande y de costado al Puente Carías. Concluyó su primaria e ingresó a la secundaria en donde, como en la fase anterior, fue un excelente estudiante. Concluida su educación secundaria ingresó a la Escuela de Medicina en donde se graduó con altos honores. Para subvenir sus estudios, después del tercer año, trabajó como practicante interno en la Policlínica que había fundado en

1931, el doctor Salvador Paredes. Dentro de la óptica humanista que se le quería dar al primer hospital privado del país, el doctor Paredes había logrado interesar a Monseñor Agustín Hombach, Arzobispo de Tegucigalpa, para que los servicios de enfermería estuvieran a cargo de monjas católicas. El obispo, a la edad de nacimiento, consiguió que una orden de monjas asumiera tal responsabilidad, cosa que se hizo en el menor tiempo posible. Muchos años después, en compañía de Monseñor Evelio Domínguez Recinos, Obispo Auxiliar de Tegucigalpa, visitamos a la Selva Negra alemana, muy cerca de una base militar aérea de la OTAN, a una de las superiores que después de haberse desempeñado en Tegucigalpa, de la cual tenía los mejores recuerdos, dirigía un convento autosuficiente gracias al manejo de diez vacas de elevada producción de leche que las monjas ordeñaban mañana y tarde.

Aguilar Paz, antes de concluir sus estudios conoció y estableció relaciones amorosas con Rosbinda Paredes, una de las mujeres más bellas que ha producido Honduras. Misma que participó en varios concursos continentales, ganándose la mayoría de ellos. Al grado que cuando Selecciones de Reader's Digest, estableció la modalidad de adornar su portada con mujeres bellas del continente, una de las escogidas fue Rosbinda Paredes. Contrajo matrimonio con ella y con la cual formó una familia honorable, integrada por cinco miembros (David, Arquitecto, Claudia Lucia, licenciada en Administración de Empresas, Jorge Rafael, Ingeniero Civil, Rosbinda María licenciada en Administración Bancaria; y Jesús, médico y cirujano) todos ellos honorables y distinguidos profesionales. El mayor de sus hijos es mi especial amigo y compañero rotario, el arquitecto David Aguilar Paredes. En todos y cada uno de ellos, se nota la personalidad de Aguilar-Paz y la sensibilidad cristiana y el amor por la belleza, el orden y la justicia, aportada por la sensibilidad de la madre amorosa, desafortunadamente ya fallecida. Y por el padre disciplinado y exigente consigo mismo.

### **El especialista médico y la anécdota cuando hizo llorar a Carías Andino.**

Aguilar Paz muestra en este libro que tenemos en nuestras manos, una gran precisión en fechas, nombres de personas y anécdotas muy sabrosas. La premonición de su profesor Juan Manuel Tato de Buenos Aires, que Aguilar Paz sería un "príncipe" al regresar a Honduras porque para entonces no habían suficientes especialistas para cubrir el campo de la otorrinolaringología y su experiencia en la atención de una dolencia del general Carías, el más grande patriarca de la política hondureña, son presentados aquí con una belleza narrativa extraordinaria y con un lenguaje puro y preciso que obliga a reconocer que Aguilar Paz no sólo es un buen médico, un político honorable y puro, sino que además, un gran escritor. Su capacidad para hacer hablar a Carías sobre la guerra del 24, usando el libro escrito por Mario Rivas de Cantruy, reconstruyendo el orden de los combates y los éxitos hasta firmar la paz, después de haber hecho llorar al viejo general aplicándole, gotas en los ojos, — convirtiéndose posiblemente, en el único hombre que ha hecho llorar a Carías,— la más fuerte y acabada imagen de hombre fuerte, de memoria infatigable para no olvidar a sus enemigos, que se tenga en la historia de Honduras. Y lo hace con ternura, sin gozos ni enconos encubiertos con el más grande dictador que ha tenido el país. Mas bien se nota, una gran piedad y cariño hacia el paciente que requiriendo asistencia médica, no aceptaba otro médico que no fuera alguien de su confianza, temiendo la reedición de algunas experiencias en donde sus enemigos quisieron aprovechar a un médico que le atendía regularmente, como fue el caso del doctor Sánchez U, para quitarle la vida al más longevo gobernante de nuestra turbulenta historia política.

### **Aguilar Paz, en la guerra y en la política.**

En 1969, Aguilar Paz como la casi totalidad de los hondureños, vivió la dolorosa experiencia de la guerra librada entre Honduras y El Salvador. De aquellos acontecimientos, salió convencido de los valores de la unidad nacional para enfrentar los ancestrales problemas que vivía el país. Por ello creyó, junto con Miguel Andoníe Fernández y muchos otros más, que era la oportunidad para levantar la bandera de la unidad; y hechos un puño, los hondureños que hasta entonces habían sido divididos, menguados y debilitados por los partidos tradicionales, podían constituirse en un nuevo partido; y con él, trabajar para crear una nueva Honduras. Desde la proclama de Gualala, — lugar emblemático en donde había nacido Jesús Aguilar Paz y el mismo Miguel Andoníe Fernández— en donde los nuevos hondureños que ingresaban en política, se prefiguró la nueva Honduras. Andoníe Fernández primero y Aguilar Paz, fueron candidatos presidenciales, sin lograr el éxito esperado. El tradicionalismo hondureño permaneció intacto. Y aún en algunos momentos mostró nuevos brillos, incluso dejándole a las nuevas fuerzas políticas mezquinos espacios de participación. Por ello el PINU pudo llevar a algunos de sus mejores hombres, entre ellos Aguilar Paz al Congreso.

Aquí, sin duda alguna el PINU mostró la diferencia. Y especialmente en la redacción de la nueva Constitución de 1982, que actualmente rige las relaciones en el interior de la sociedad política, todo lo novedoso que tiene, se le debe al PINU que contribuyó entre otras innovaciones, a que se redujera el período presidencial, se aumentaran derechos sociales y se establecieran numerosas limitaciones para el ejercicio del poder. Aunque Aguilar Paz no llegó a la Presidencia de la República, su actuación política — y la de sus compañeros, incluido uno de sus hijos, Jorge, que en el proceso electoral del 2013 fue candidato presidencial del PINU — ha dejado una marca endeble, mostrando la ruta que tiene que seguir el país si quiere, por medio de la creación de una nueva Honduras, encaminar a la nación hacia el desarrollo. Y al pueblo hondureño al bienestar y a la felicidad.

### **La huella profunda del reformador de la salud**

Pero, en estas múltiples facetas de esta personalidad que ha destacado en casi todo lo que ha emprendido, con todo, destaca su intervención en la dirección de las políticas sanitarias del país desde el Ministerio de Salud. Nombrado en 1972 por el Jefe del Estado Oswaldo López Arellano, Aguilar Paz dirigió un equipo de médicos y administradores sanitarios que transformó los servicios médicos públicos, por medio de la estratificación de la entrega de los mismos — desde la pequeña aldea hasta la gran ciudad capital — la casi universalización de las oportunidades para todos; y el establecimiento de centros especializados, cercanos a las universidades para favorecer la atención específica y animar la enseñanza y la investigación en los campos de la medicina. Pero lo más importante, incluso más allá de los extraordinarios resultados conseguidos por la población, especialmente la de menores ingresos, es que la reforma tuvo cuidado de basarse en las realidades concretas de la sociedad hondureña, los conocimientos culturales acumulados en la defensa de la salud como las experiencias de parteras, “inteligentes” y médicos empíricos por vocación que fueron atraídos por la filosofía incluyente de la reforma. La acción transformadora fue de tal magnitud, que pese al tiempo transcurrido, todavía sobreviven los elementos básicos que si bien, muchos no han sido ampliados, es porque no ha tenido el país una nueva generación de salubristas públicos con ánimos reformistas; ni tampoco un liderazgo como el que a principios de la década de los setenta aportó Enrique Aguilar Paz, Ministro de Salud en el “gabinete de lujo” de Oswaldo López Arellano.

### **Cuando Aguilar Paz se volvió embajador extraordinario**

En el primer gobierno democrático, el de Roberto Suazo Córdova, una vez superada la etapa tutelar de los militares, Aguilar Paz junto a otros distinguidos hondureños participó en lo que, a la distancia, no fue otra cosa más que una jugada de cartas, con la cual nuestra Cancillería, inocentemente, pretendió engañar a otras más enteradas y listas de países de mayor tradición: la ofensiva a favor de la internacionalización de la paz. Aunque Suazo Córdova y Paz Barnica sabían que todos estaban enterados en el involucramiento del conflicto de los Estados Unidos en contra de Nicaragua, se organizaron comisiones para “vender” el producto pacífico “hondureño” entre los cancilleres de los países más importantes del continente. Aguilar Paz por su estatura de hombre de bien y su imagen intachable, fue comisionado para viajar a América del Sur. Visitó Ecuador, Chile, Argentina y Uruguay. La narración de esta gira por parte de Aguilar Paz es impecable: precisa, ordenada, creíble y cargada de emoción. Muestra la reciedumbre y el interés de Pinochet en el tema de la crisis centroamericana y la habilidad de los militares argentinos, fruto de su información de primera mano sobre el conflicto, en vista que ellos eran como asesores y en algunos casos ejecutores, sabían para donde volaban las palomas.

Lo interesante de Aguilar Paz es que no se muestra engañado; pero mantiene la prudencia del caso; y puede entonces, percibir el carácter de aquellos gobernantes castrense, su dominio y su libertad para emitir juicios sobre un país débil como el nuestro que, en efecto, era un simple juguete de segunda mano del Departamento de Estado de los Estados Unidos. De repente, esta parte es la mejor pieza de todo el libro, porque habla de algo que es conocido por nosotros. Pero Aguilar Paz lo hace desde tanta lucidez y honradez, que uno le perdona su capacidad de realizar una misión a favor de su patria, sabiendo que formaba parte de una tarea para tratar de engañar a los que no se podía engañar, en vista que era público que Honduras era pieza de una guerra que no se produjo, solo porque Estados Unidos impuso su poderío en la región.

### **Un gozo y un gusto, finales**

En este libro hay mucho más. El lector inteligente, podrá encontrar detrás de las bellas descripciones y las oportunas conclusiones del autor, muchas otras joyas de libro extraordinario. Sólo hemos hecho una selección de lo que nos ha parecido más nuevo en las experiencias de Aguilar Paz. Y para confirmar que en él, además de sus virtudes cívicas y morales, hay una gran capacidad de narrador, mostrada en un hombre que maneja limpiamente el idioma; y que tiene, como ninguno otro de su generación, la musicalidad para narrar historias en las que uno siente la limpieza de las aguas que descienden fuertes desde las montañas verdes de Honduras y el carácter del creador que es capaz de construir con su memoria, las anécdotas más memorables de todo lo que le ha tocado vivir. La musicalidad de la prosa de Aguilar Paz, es de tal naturaleza que él mismo – en una confesión que hay que respetar en todo lo que vale – traspasa los límites de la prosa y la poesía. Sus versos, hincados en el siglo de oro español y en las tonalidades de entonces – son un complemento y un cierre simbólico de muchos de sus capítulos que no he aprendido a diferenciar de los que no terminan con los ecos de Garcilaso, Campoamor y Quevedo.

Ésa será una tarea de los poetas hondureños que al leer este libro, se consagren menos que yo, en las anécdotas y las narraciones en prosa, a estudiar los encantos de la palabra encadenada, a la sonoridad de sus expresiones y de su probada habilidad para sintetizar en unas pocas palabras, sin forzarlas y pegarlas unas con otras, narraciones tiernas, simples y sencillas con las cuales nos confirma que además de ser su autor y un paradigma de lo mejor de Honduras en cuanto a valores éticos se refiere, Aguilar Paz también toca la guitarra, canta boleros; y sabe sacarle a las palabras los sonidos ordenados que produce la poesía. Es decir



